

ta felicidad inmortal, es tener siempre en el corazón el temor y el amor de Dios, y reglar nuestras acciones de tal modo, que todas se hagan por él, y con el fin de obedecerle y agradarle. Sin esto podrán ser loables, pero no serán meritorias; y vuelvo á repetir, que la primera cosa es la fuga del pecado, y la fiel observancia de los mandamientos de Dios, y de la Iglesia. Pero debemos cuidar de no gloriarnos jamas en nosotros mismos; pues aunque nuestro albedrio concurra á los obras meritorias, y que Dios se digne de recompensarlas, no lo puede hacer sin la gracia, y por consiguiente á ella es á quien se deben atribuir. San Agustín decia, que cuando Dios nos recompensa, corona en nosotros lo mismo que nos da.

Supuesta la base de observar los preceptos y huir del pecado, debe tambien aspirar el cristiano á otro grado de perfeccion por la práctica de las virtudes. De estas unas son obligatorias y otras de consejo; pero no debe perder de vista ni unas y otras, acordándose de que está en la tierra por cortos instantes, y que cada paso que da le acerca á su término. Todo su anheio, todo su conato debe ser hacer acciones que sean agradables á Dios.

Jesucristo nos manifiesta el principio de donde manan estas acciones, y son las que nacen de las tres virtudes que llamamos teologales: la fe, la esperanza y la caridad; virtudes sobrenaturales

y divinas, que todas las fuerzas de la naturaleza no pueden procurarnos, y que solo Dios nos puede dar. Esta es la mina en que se halla el oro de las buenas obras de las virtudes cristianas, y no es posible agradar á Dios sino en razon del grado de fuerza con que reinan ellas en el corazón. Cuando estan lánguidas y frias no solo no esfuerzan al bien, sino que entónces la naturaleza corrompida se apodera de nuestras facultades, y las arrastra al preeipicio casi como á un esclavo.

El objeto pues á que nos debemos aplicar con mas cuidado es á examinar, sin lisonjearnos, la influencia que tienen en nosotros estas tres virtudes de primera necesidad; porque de ellas dependen nuestros destinos en la vida futura. Al hombre no le basta tener la fe, porque es muy fácil, como lo observa el apostol Santiago, que alguno diga á Dios con la frente por tierra, que tiene fe, que cree todos sus dogmas, y que está pronto á dar su vida por ellos. Lo mismo se puede decir de la esperanza: al hombre seduce su propio corazón, se confia en la bondad divina, y espera que lo perdonará; pero esto no sucede con la caridad, ó con el amor de Dios y del prójimo; pues por poco que se examine de buena fe, podrá percibir, ó que la posee verdaderamente cuando las acciones de su vida se lo persuaden, ó que es aun débil y no produce los efectos que debia. ¡Cuántos hay que por falta de esto exámen se fi-

guran tener esta virtud en alto grado? Pero si se examinaran seriamente, verian á las claras su ilusion, y que su perfeccion imaginaria es hija de su orgullo.

Siempre que nos sostengamos firmes en las verdades que Dios ha revelado; siempre que nuestro corazon inflamado en su amor no vea su felicidad sino en Dios, ni conozca otras reglas que sus preceptos, el pecado no tendrá imperio sobre nosotros, ó no tardaremos en levantarnos de las caidas que la fragilidad nos ocasione. El alma, bien penetrada de estos principios de la religion, huye del mal con placer, y hace el bien con facilidad; y el que no siente estas disposiciones, ó los tiene olvidados ó perdidos. Nuestro principal estudio debe ser darle nueva vida, nuevo impulso: sin esto jamas serviremos á Dios en santidad y justicia, y aventuramos los bienes eternos.

Creemos pues que estos actos de fe, esperanza y amor de Dios no solo son útiles, sino indispensables para criar y fomentar en nosotros las buenas obras, y que conviene que los hagamos á cada instante de nuestra vida, sobre todo en las tentaciones y en la recepcion de sacramentos; que no debemos cesar un momento de pedir á Dios que nos dé y nos aumente estas preciosas virtudes, que son la semilla de todas las otras. Los apóstoles, aunque testigos de los milagros de su Maestro, aunque continuamente alimentados con

el pan de vida, le suplicaban que aumentase en ellos la fe. San Pablo unas veces pedia á Dios que hiciese crecer su esperanza, y otras que dirigiera sus obras en su amor. Hay mucho que decir sobre estas tres virtudes, y yo no podré daros mas que una ligera idea. Hablarémos de la fe, mirándola solo por la parte que exige nuestra deferencia.

Todo lo que la Iglesia nos dice que ha sido revelado por Dios, es objeto de nuestra fe, y debe ser creído firmemente por el cristiano, porque sabe que Dios que es la verdad misma no puede engañar; y con todo Dios se digna de aceptar como mérito la fe que le debemos, y nos recompensa el que creamos, porque nos ha revelado misterios que son superiores á la razon, aunque no la sean contrarios. Jesucristo dijo (1): *Bienaventurados los que no vieron y creyeron*; y sin duda hablaba de nosotros que hemos nacido en tiempos posteriores á sus milagros y predicacion.

El orgullo de tiempo en tiempo suele levantar algunos nublados. Los instruidos que estan firmes en su religion, porque saben que está fundada sobre los milagros de Jesucristo y de los apóstoles, sobre el cumplimiento de las profecías, sobre el establecimiento de la Iglesia, sobre una moral tan sublime y solo capaz de hacer feliz al hom-

(1) Joan. xx. 29.

bre en esta vida y la otra, en fin, sobre todas las pruebas que demuestran con evidencia su verdad, no escuchan nada de lo que el orgullo, la ligereza ó las pasiones les proponen: echan una vista sobre los motivos que los han obligado á creer, y se tranquilizan.

He dicho que debemos creer lo que la Iglesia nos dice que Dios ha revelado, para distinguirnos de los hereges y cismáticos que han roto la unidad, y no creen mas que su propio espíritu. Ellos han formado sectas deplorables, siendo así que Dios ha dicho ó declarado que no reconoce mas que una Iglesia, una esposa, una depositaria de la verdad, un solo intérprete de su doctrina, y de la cual únicamente deben aprenderla los cristianos. Esta es la que el Apóstol (1) llama *la Iglesia de Dios vivo, la Columna y firmamento de la verdad*. Esta es la que S. Mateo (2) nos asegura haber sido *fabricada sobre la piedra, y que las puertas del infierno, esto es, las persecuciones de los malos y los errores de los hereges, no podrán prevalecer contra ella*; en fin, la Iglesia á quien el Salvador prometió su asistencia y su amparo hasta la consumacion de los siglos.

S. Pablo nos dice que hasta el fin de los tiempos habrá en ella doctores, pastores, apóstoles y profetas. Si esta Iglesia, segun las promesas de

(1) 2 ad Timoth. iii. 15. (2) Matth. xvi. 18.

Dios, debe siempre subsistir visible, infalible y exenta de error en puntos de doctrina, dichoso el católico que no puede engañarse sometiéndose á lo que ella enseña. Los protestantes jamas podrán justificar su rebelion ni su novedad, pues sus antepasados eran parte de la Iglesia romana, de esta Iglesia que han abjurado. Y con una palabra se destruye todo el edificio; pues ó la Iglesia antigua erró, y no era la Iglesia, ó son ellos los que estan en el error. Si Dios no hubiera dado á la Iglesia el derecho de decidir las controversias, y fijar el verdadero sentido de las Escrituras, no hubiera una señal que pudiera caracterizar la Iglesia verdadera y la doctrina de Jesucristo. Cada secta se jacta de seguir el Evangelio en su pureza, y esto es absurdo; pues Jesucristo prometió no abandonar nunca aquella Iglesia que él mismo fundó.

El primer sentimiento de un católico debe ser dar gracias á Dios por haberle hecho nacer y renacer en una Iglesia tan antigua como Jesucristo, y que no está expuesta al error. Fuera muy importante que todos los fieles conociesen bien la religion y sus dogmas; pero la corta capacidad de los niños, y la ligereza de su edad no les permiten sacar de la instruccion el fruto necesario, y por desgracia, como hemos dicho, cuando adquieren mas razon no piensan en ello, otros negocios los ocupan, y de aquí viene la ignoran-

cia, raíz de los vicios y de la incredulidad. La fe, pues, la primera de las virtudes teológicas, es un don de Dios que recibimos en el bautismo, base de todas las otras, y que nos adquiere el nombre de cristianos; pero Santiago y el Evangelio nos dicen que no basta por sí sola, y que es muerta cuando las acciones no la acompañan. La verdadera fe, la que nos da con razón tan glorioso nombre, es la que obra con la caridad ó el amor de Dios, y este amor de Dios se conoce por las acciones y conducta. Así no me canso de repetir, que debemos pedir á Dios sin cesar, que nos aumente y vivifique la fe que suele estar lánguida y empañada; que nos haga sentir su presencia en todas partes, su santidad que aborrece todo lo que no es justo, y su justicia que castiga toda iniquidad.

¿Cómo se atreve á decir que tiene fe el que cuando la tentación le persigue, y la ocasión se le presenta, no ve con los ojos del alma un Dios terrible y poderoso que puede castigar en un instante al infractor de su ley? ¿Cómo se atreve á decir que ama, el que con vil ingratitud se atreve á ofender un Dios que le llena de beneficios? Roguémosle pues que nos arraigue en la fe, como le rogaba su Apóstol, para que produzca en nosotros frutos que correspondan á la santidad de nuestra creencia.

Cuanto mas viva sea nuestra fe, menos fuerza

tendrán las tentaciones, y nuestra vida será mas pura. No olvidemos nunca que la vida eterna es la sola cosa necesaria, que este debe ser el objeto como es el término feliz del hombre, y que despues de un instante de esta breve vida empieza otra que nunca jamas acaba; que Dios pedirá cuenta de nuestras acciones, para recompensarlas si son buenas, ó castigarnos si son malas y morimos sin haberle pedido perdon.

Estas verdades muy presentes harán que no nos desviemos del camino de la justicia, ó nos harán volver á él, si le habiamos dejado. Alejarán de nosotros estos libros pérfidos de espíritus vanos y presuntuosos, que quieren subyugarlo todo, y corromper nuestra fe. El cristiano que teme á Dios, y que estima este don, no lee sino los que pueden ilustrar su razón, los que fortalecen su corazón en la creencia y el amor del cristianismo y su moral pura. Las pasiones fogosas pueden por un tiempo obscurecer nuestra razón; pero es la última desgracia si llegan á extinguirnos esta fe, por quien tantos mártires gloriosos han sacrificado su vida. ¿Quién puede á la hora de la muerte arrepentirse de haber sido hombre de bien, y haber procurado agradar á Dios? ¿Y cómo puede esperar el vicio tener la misma suerte que la virtud? Pero de esto hemos hablado ántes; pasemos ahora á la esperanza.

Esta es tambien virtud sobrenatural que Dios

cria en nuestros corazones. Esta es la confianza que el cristiano tiene de gozar del bien soberano por su bondad gratuita y los méritos de Jesucristo, porque espera obtener de ellos las gracias ó los medios necesarios. No solo créa la bienaventuranza, sino que vive con la esperanza de obtenerla, y sin desalentarse jamas hasta haberla obtenido; porque no solo la quiere el Señor, sino que la ordena con la condicion que observe su ley. ¿Qué orden mas dulce nos podia dar su bondad? Hizo el cielo para nosotros, y quiere que sepamos que nos desea en él.

¿Y cuáles son los fundamentos de la esperanza cristiana? Por un lado su infinita misericordia y su verdad; por otro los méritos de Jesucristo, que vino al mundo para salvarnos, que murió por nuestro amor, y nos rescató con su sangre para conducirnos á la gloria. Cuando echamos los ojos sobre nosotros mismos, no podemos ver mas que iniquidades, todo nos aleja de tan sumo bien; pero Dios, aunque nacidos en pecado, nos amó él primero, nos adoptó y dió el derecho de coherederos de su Hijo. A pesar de tanta misericordia el hombre esclavo de sus pasiones se vuelve á rebelar contra su Dios, y viola su ley, y este Dios de bondad corre tras él, le convida al arrepentimiento, y si nos volvemos á él, nos perdona y nos manda que esperemos de nuevo gozarle eternamente.

En fin, su bondad es infinitamente mayor que nuestras iniquidades. Sobre este precioso atributo estriba nuestra esperanza; nuestro consuelo es saber que este buen Padre tiene deseo de salvarnos mas que nosotros mismos. El nos ha confirmado muchas veces en el Evangelio y por la boca de su Hijo, que nos esperan grandes recompensas. ¿Qué fundamento mas sólido puede haber que las promesas de un Dios que es la verdad misma? Los cielos y la tierra pasarán, y sus palabras no faltarán jamas.

Despues viene el otro fundamento, que es mas inmediato, y está mas cerca de nosotros. Este es el sacrificio del Cordero, que por este fin se ofreció á su Padre en la cruz. Nunca debemos olvidar, que nada podemos merecer sino por Jesucristo, que es el único que nos puede obtener lo que nos es necesario para salvarnos, que nosotros no tenemos mas que pecados, y que solo la sangre del Redentor puede lavarlos, que ni aun las buenas obras merecen nada sino por Jesucristo. Así el cristiano dice con el Apóstol: Jesucristo es mi esperanza; pero para que lo sea fundada y justa, es menester que guarde su ley. Esta es una condicion necesaria, y basta conocerla para que el temor nos acompañe, para redoblar la prudencia y precaucion, para evitar los peligros, para no dejarnos seducir de los placeres, y para con-

ervarnos en la humildad y convicción de nuestra propia miseria.

Pero no por esto debemos contristarnos, ni debe desanimarse nuestro corazón; pues debemos confiar en que haciendo de nuestra parte lo posible, Dios nos dará todos los medios de salvarnos, no nos abandonará en las tentaciones, y nos defenderá de nuestros enemigos. Aun cuando la fragilidad nos arrastre y nos haga caer, debemos esperar, que si imploramos á este buen Padre, nos dará la mano para ayudarnos á levantar. Sin duda que debemos desconfiar de nosotros mismos que somos débiles y miserables; pero la gracia de Dios que Jesucristo nos ha merecido, es fuerte, y todo lo podemos vencer con ella. Jamas la ha negado el Señor á quien la pidió con sinceridad.

La esperanza pues es la virtud del pecador que se arrepiente, y no del que se obstina. La bondad de Dios no debe fomentar el vicio; y si el dolor de haberle ofendido excita su clemencia, la terquedad del delincuente solo puede excitar su cólera. Cuando el pecador pues ha hecho lo que ha podido para purificarse por la penitencia, entónces debe la esperanza dominar en su corazón; pues aunque haya ofendido á Dios muy largo tiempo, y con los pecados mas enormes, desde que ha ocurrido á su misericordia, confesando sus pecados, y ha obtenido la absolucion de su

ministro, debe esperar que la sangre de su Redentor los ha lavado, y que Dios ya no le mira como enemigo, sino como hijo. El Criador del hombre no es como el hombre, vengativo ni inexorable; sus pensamientos son de paz, de clemencia y de perdon. El es el primero que con una voz interior persuade al pecador á que implore su misericordia, y desde que le ve arrepentido le perdona. Hay cristianos que despues de haber hecho lo que pueden, quedan no obstante afligidos y dudosos; pero esto es flaqueza, porque creyendo como creen el Evangelio, se deben tranquilizar con lo que este santo libro nos dice de las misericordias del Señor.

¿Cómo puede dudar de su bondad el que arrepentido ha confesado sus culpas? Es verdad que no debe olvidarlas; pero su memoria solo debe servir para redoblar nuestra prudencia y precaucion, para avivar nuestra oracion y penitencia, y para evitar las ocasiones de caer. Dios nos ordena esperar y fiarnos en él. Le hace injuria el que le mira como á un amo inflexible; porque estas ideas secando el corazón, le cierran á la confianza y al amor. Esperemos pues cuando no hemos omitido nada, que ya nos ha perdonado, y digámosle que no dejaremos de esperar que nos sostendrá con su gracia hasta hecernos tener su gloria; porque él mismo nos ha asegurado positivamente, que los que esperan en él no serán confundidos.

Si la desconfianza es un mal, el mayor de todos es la desesperacion. El cristiano que imaginara que no hay perdón para él, dejaría de ser cristiano, y cometería el mayor pecado, porque haría á Dios la mayor injuria. La verdad es, que mientras conservara estas ideas, no sería dable que Dios le perdonara; porque ofendiendo al más precioso de sus atributos, que es la misericordia, en vez de apaciguarle le irritaría de nuevo. Sin duda el que lo piensa así, lo hace, porque ve la enormidad de sus pecados; pero no son sus méritos los que le obtienen el perdón; son los de Jesucristo, que murió por él para rescatarle, y él solo puede merecerle la reconciliación. Si el hombre por sí mismo no merece nada, todo lo merece, todo lo obtiene el divino Mediador, el abogado que habla por él, y cuyo sacrificio, según el Apóstol, basta para rescatar al mundo entero. Léjos pues de nosotros idea tan horrible, tan injuriosa á Dios; no hay delito, no hay mancha que la sangre del Cordero no lave, cuando la presenta el verdadero arrepentimiento.

Pero aunque la fe y la esperanza sean como hemos dicho, virtudes de primera necesidad para el cristiano, le aprovechan de poco, si no van acompañadas de la caridad. Esta virtud es muy superior á las otras, y la reina de todas. Por caridad entendemos el amor de Dios y del prójimo, dos amores que no se diferencian más que en el

nombre, y en realidad no son más que uno; pues el amor del prójimo no merece llamarse caridad, sino cuando le amamos por amor de Dios. En la práctica y ejercicio de esta divina virtud consiste la esencia del cristiano, y el dichoso que obtiene este don de Dios, todo lo tiene. El que no desea más que agradar á Dios, le agrada. ¿Y quién puede hacerle eternamente feliz sino su Dios?

Por nombre de amor de Dios se entiende el que toda criatura racional debe á su Criador, el Dios omnipotente, trino y uno, autor de toda gracia. Así la primera obligación de un cristiano es adorar y amar esta Trinidad divina con todo su corazón, toda su alma y todas sus fuerzas. Esto es lo que el mismo Salvador nos ha enseñado; él fué quien nos hizo conocer á este Dios como á nuestro Señor y nuestro Padre.

Como no puede ser percibido por los sentidos, es de temer que su magestad, bondad y grandeza no hagan en el hombre toda la impresión que debieran; pero la razón y la fe deben elevar sus pensamientos, y hacerle de continuo presente á su espíritu y á su corazón para consagrarle su amor. ¿Qué siervo que se ve lleno de beneficios por su señor, no piensa en él y no le ama? ¿Cómo es posible olvidar á un Dios tan bienhechor? ¿Quién puede alzar los ojos al cielo, ó echarlos sobre la tierra sin ver estos innumerables cuerpos anima-

dos é inanimados, destinados únicamente á nuestro servicio, nuestra conservacion y nuestros placeres? El filósofo que con ojos observadores descubrió la mano que crió tan grandes obras, ¿cómo será reprendido, si no se ha aprovechado de sus luces, para adorar á este su Bienhechor? Llegará el día en que se hallen cubiertos de vergüenza, viendo tantos ignorantes que han sido mas entendidos que ellos, pues han sabido amar y servir al que los ha criado.

¿Qué tenemos que no le debemos? Jesus, después de habernos hecho en la tierra tantos beneficios, nos promete una vida inmortal llena de gloria, no porque necesite de nosotros, sino porque quiere comunicarnos la suya; así por cualquier lado que volvamos los ojos, no podemos ver sino rasgos de su beneficencia y de su amor, sin interes, y solo por su bondad. Por ella quiere ser nuestro Padre: cuando le ofendemos nos aguarda, nos perdona, y es él mismo el que desea que imploremos su bondad. ¿Cuánto pues, á ménos de ser monstruos insensibles, le debemos amar!

¿Y como podemos hacerle conocer que le amamos? Detres maneras. La primera obedeciendo sus mandamientos. Examinemos pues nuestras acciones. La ley suya prohíbe las injusticias, la impureza, la intemperancia, y los demas vicios que tambien reprueba la ley natural. ¿Cómo puede

lisonjearse de amarle aquel cuyas acciones y deseos se oponen continuamente á la santidad de estos preceptos? El primer carácter del amor es no disgustar lo que se ama, aun en lo mas pequeño. La práctica de la ley divina no debe tener por principio ningun motivo humano, sino el amor de Dios. Los que se contienen solo por los castigos humanos, y aun los que no ocurren al tribunal de la Penitencia sino por evitar los divinos, hacen ver la imperfeccion de sus almas. No las domina el amor de Dios, sino el propio. Así el amor verdadero no se contenta con abstenerse de lo que la ley prohíbe, y con hacer lo que ordena; sino que quiere practicar la virtud, y multiplicar las buenas obras. El que ama no se contenta con no disgustar lo que ama, tambien solicita agradarle, y es difícil, que no tenga vicios el que no tiene virtudes; pues la práctica de la virtud no es otra cosa que los medios de preservarnos del vicio.

La segunda manera de probar á Dios nuestro amor es sufrir con resignacion por su amor. Este mundo se compone de pobres y ricos, de nobles y plebeyos, de sanos y enfermos, de los que viven con prosperidad, y los que gimen en el infortunio. Dios es autor de todas estas diferencias, y debemos someternos á sus decretos, sabiendo que todo lo gobierna con su clemencia y su justicia, y que todo es efecto de su providencia. Nuestra razon se turba, viendo que la virtud pa-



dece, y que la iniquidad triunfa; pero la religion nos enseña, que si un Dios justo y santo permite este desórden aparente, tiene razones secretas dignas de su sabiduría, y que un dia las conoceremos. ¡Infeliz de aquel que corresponde á los bienes que Dios le hace, con iniquidades! ¡Dichoso el que en medio de las tribulaciones no pierde á Dios de vista, que besa la mano que le hiere, y que lleno de confianza espera que sus aflicciones se convertirán en consuelos! La prosperidad nos endurece, y el hombre necesita de contratiempos que le despierten, y que le adviertan que no es esta la tierra del reposo.

La tercera es la de amar al prójimo como á nosotros mismos. Este es el precepto que inculcaron mas Jesucristo y los apóstoles, queriendo que amemos hasta nuestros enemigos, y que hagamos bien á los que nos aborreeen y nos hacen mal. Como el hombre no puede tener en sí mismo con que pagar á Dios el bien que le hace, Dios subroga sus derechos en los otros hombres, y declara que tomará á su cuenta, y como pagado á él mismo lo que se hará por ellos. A mas de esto promete grandes recompensas al que socorra á sus hermanos, y nos previene que este es el punto en que será mas severo: añadiendo que este amor fraterno, y esta caridad activa serán el atributo mas digno de la religion, la librea de sus discípulos, y el carácter de los cristianos.

Es pñes claro que las virtudes teologales son el principio y la corona de nuestras buenas obras; pero observemos que el hombre lleva siempre consigo un enemigo oculto que las combate, y que si no las destruye, trabaja por disminuir su efecto, que desde su juventud continuamente le inclina á lo malo, y á las acciones viciosas. Como el hombre es compuesto de espíritu y de cuerpo, por un extremo toca á la línea de los ángeles, y por otro á la de los brutos. Parece que el espíritu dotado de razon debiera dominar al cuerpo, y gobernar sus afectos; ¡pero ay! ¡cuántas veces los deseos del cuerpo pervierten á la razon y la subyugan!

¡Dios mio! qué inclinacion, qué facilidad para el mal! ¡Qué trabajo, qué dificultad para el bien! ¡Qué pasiones tan desenfrenadas que nos arrastran á la intemperancia y á los deleites! ¡Qué ardor por obtener honores y riquezas, aunque para ello se atropelle la ley de Dios y de la razon! ¡Qué deseos de venganza, que nada los detiene! La juventud tiene sus vicios propios, y hasta la vejez los suyos, y en todos tiempos domina un impulso secreto, que solo inspira lo que quiere el apetito, sin pensar en lo que le manda la virtud. Este desórden nace de la degradacion de la naturaleza, que quedó por el pecado inclinada á la tierra, y esclava de los bienes visibiles, aunque caducos. Este es un efecto del amor propio, amor ciego,

sin regla ni freno, que no quiere escuchar la razon, que prefiere su voluntad á la de Dios, y que necio busca la felicidad donde no está.

¿Qué remedio encontraremos á daño tan universal de que nadie está exento? La Religion nos ofrece dos. El primero viene de Dios inmediatamente, y consiste en el socorro poderoso de su gracia, que se puede obtener con la oracion; el otro es aquel continuo esfuerzo que hace el buen cristiano para domar el amor propio, sujetándolo de manera, que quede subordinado al amor divino, que debe quedar superior á todo. Este esfuerzo se llama mortificacion, y consiste en la negacion de la propia voluntad, de que hablaré despues. La oracion es el ruego ó la súplica que dirigimos á Dios para que nos conceda las gracias y socorros que necesitamos, tanto para la vida espiritual como para la temporal. Así la oracion no solo es útil y laudable, sino necesaria, porque sin ella es imposible practicar la virtud, y evitar el pecado. Esta es una verdad que enseña la religion, y confirma la Escritura; porque Dios á pesar de su amor y de su magnífica liberalidad para el hombre, quiere que recurramos á su bondad, y que sepamos que no podemos hacer ningun bien saludable, ni perseverar en la justicia sin su socorro y asistencia.

Los hombres, pues, deben levantar continuamente su corazon al Autor de quien descenden

todas las gracias, y que no solo las distribuye con magnificencia, sino que es nuestro Padre, y jamas las niega al que se las pide. Por esto su unigénito Hijo nos enseña en la oracion dominical, que le supliquemos que no nos deje caer en la tentacion, y nos ha asegurado que todo lo que le pidamos, con tal que sea con confianza, lo obtendremos. Esto debe entenderse de los bienes espirituales; porque en cuanto á los temporales, Dios sabe mejor lo que nos conviene, y aunque nos permite pedírselos, debe ser con subordinacion á su voluntad. El Apóstol que sabia cuánto necesitamos del divino auxilio, quiere que nunca dejemos de pedirle, esto es, que le pidamos con frecuencia. Y Jesucristo, el gran Maestro de la vida cristiana, nos dice (1): *Velad y orad*. Estos son los dos remos con que se navega en el golfo del mundo.

La mejor regla para la oracion, es seguir los documentos y el uso que la Iglesia ha establecido entre los fieles: y es dirigirse á Jesucristo, en cuya mano puso su divino Padre todo poder en la tierra y en el cielo, para que distribuyera sus tesoros inagotables entre todos los que le adoran. Debemos pues dirigirnos confiados á este soberano Salvador, que reina en el cielo, y que nos da á cada instante tantas pruebas de su amor;

(1) Matth. xxvi. 41.

á este amable Redentor que despues de haber conversado con los hombres en la tierra, quiere todavía comunicar sin cesar con ellos por medio de la Eucaristía.

No olvidemos jamas que la Iglesia, tanto en la misa como en sus oficios, dirige todas sus oraciones al Padre Eterno Todopoderoso, pidiéndole sus gracias por los méritos de su Hijo Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios; que estos méritos son infinitos, y que el Dios de las misericordias nos oye favorable cuando le pedimos en nombre de un Hijo que es toda su gloria y amor. La Iglesia reconoce que todo lo que nos viene de aquella mano poderosa, es debido á sus merecimientos. Cuando los santos y aun la misma Madre de Dios interceden por nosotros, no presentan sus propios méritos sino los de Jesucristo; ellos solos pueden ser eficaces, porque él solo es nuestro mediador. San Agustin dice, que los santos ruegan en el cielo como lo hacian en la tierra, dando valor á sus oraciones por la interposicion de su Salvador y nuestro; y esta es la manera de orar que el Hijo de Dios nos enseñó cuando nos dijo (1): *Todo lo que pidiéreis á mi Padre en mi nombre, os lo concederá.*

Como Dios está en todas partes, y oye hasta los deseos del corazón, se puede implorar en to-

(2) Luc. v. 31. 32.

das partes; pero el lugar especialmente dedicado para esto es su templo. Allí está en el trono de su gloria y de su clemencia, principalmente si está en él su divino Sacramento; porque este es un motivo mas para excitar nuestro reconocimiento y devocion, y el mejor preludio de la oracion es penetrarse de la presencia de Dios. La buena oracion no consiste en muchas palabras, ni en pensamientos ingeniosos; el divino Maestro nos lo ha dicho. No es que le disguste el que le pidamos mucho tiempo; pero ha querido advertirnos, que Dios sabe lo que necesitamos, y no se deja ganar por el tiempo ó el adorno de las frases, sino por el ardor y pureza de la intencion. Un paisano grosero con su tosea expresion podrá agradarle mas que el sabio mas instruido, porque Dios quiere que se le hable con el corazón mas que con la boca.

Procuremos pues postrarnos en su presencia con un corazón humilde, tan desconfiado de su flaqueza como confiado en la divina gracia. Pidámosle perdon de las culpas que la malicia ó la fragilidad nos hizo cometer, y socorro contra los peligros que nos amenazan cada instante. Cuando la fe nos dice que estamos delante de un Dios que penetra nuestros corazones, casi es imposible que estemos sin respeto, ni que cometamos la mas ligera irreverencia. Pues si es cierto que da gracia á los que le invocan con humildad,

tambien lo es, que puede castigar al instante al temerario que olvida estar á su vista, y que nuestra existencia es un don que renueva en cada momento.

Así pues... pero, señor, arrebatado por mi celo, no considero que abuso demasiado de vuestra paciencia, fatigándola con discursos tan dilatados; y como aun me queda que deciros, os suplico me deis licencia para continuar mañana. Yo dí gracias al venerable varon por su celo caritativo, y se retiró. Yo, Teodoro, al instante me puse á trabajar, porque mis ocupaciones se habian aumentado. Al instante, pues, tomé la pluma para escribir el discurso del dia, que es el que contiene esta carta, y me quedase tiempo para estudiar mi leccion y aprender lo que el padre me habia encargado. Te aseguro que estudiaba noche y dia con gusto, y á Dios gracias con aprovechamiento. A Dios, amigo.

### CARTA XIX.

#### EL FILÓSOFO A TEODORO.

**A**MIGO mio: como la mañana del dia de que te voy á instruir, me trajo un momento de mucho

consuelo, empiezo por darte la buena noticia: y es que al instante que me desperté, procuré repetir mis oraciones para saber si habia podido grabarlas en mi memoria, y las repeti todas tan bien que no me detuve un instante en nada. Las dije muchas veces, y siempre tan de seguido, que no pude dudar que ya las sabia. Mi regocijo fué tan grande que cuando vino el padre, se lo dije. Me pareció satisfecho, y me respondió, que presto con el auxilio de Dios hariamos uso de ellas; entretanto, me añadió, continuemos nuestro asunto de ayer, que tambien conduce al mismo fin. Despues que nos sentamos me dijo:

Haced una reflexion, señor, y es que entre todas las criaturas que existen en la tierra, el hombre es la única á quien Dios ha concedido la razon, la unica que puede elevarse al conocimiento de su Criador; y que pues el hombre solo es el que conoce aunque imperfectamente su principio y su fin, es claro que todo lo demas que Dios ha criado y que conserva, no puede ser sino por él y para él; que todo debe hacerle conocer su dependencia de tan grande soberano, y por consiguiente inspirarle una gratitud indeficiente á tan magnífico Bienhechor. Reflexionad tambien que no hay instante en el dia en que no tenga nuevas pruebas de su bondad, tanto en los peligros de que le liberta, como en la salud que le conserva, y en todas las gracias espirituales y temporales